

La artesanía intelectual

GONZALO CATAÑO

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
Y PLAZA & JANÉS, BOGOTÁ 1995

Este libro nos trae a la memoria una época en la vida de la universidad colombiana que muchos de los posibles lectores seguramente compartieron. Varios de nosotros recordamos la curiosidad intelectual, la disciplina y la modestia de Gonzalo Cataño, cuando estudiaba sociología en la Universidad Nacional a finales de la década de los sesenta, una época en que los valores de la "artesanía intelectual", los valores de una cierta forma de escribir con rigor pero sin excesivo espíritu de sistema, eran frecuentes en los medios universitarios. Creo que, en gran parte, nosotros representamos la generación que en la Nacional y en otras universidades colombianas del decenio de los sesenta, compartió el producto de ese momento ambiguo y de esa combinación extraña de rigor, imaginación y libertad que es el ensayo, según lo plantea Cataño en el primero de los dos trabajos que componen este volumen. En el libro que acaba de publicar, habla precisamente del ensayo, un género bastante complejo y significativo en la historia del pensamiento literario y del pensamiento sociológico, así como de otras ramas de las ciencias sociales. En el campo de la historia y de la reflexión política el ensayo también ocupa un lugar importante, tanto en la literatura europea como en lo escrito en

Latinoamérica y Colombia. En su texto Cataño muestra las virtudes y los peligros de este género. Es evidente que algunas de las virtudes son partes del mismo esfuerzo permanente del autor, y creo que tanto él como yo compartimos cierta coquetería intelectual por mantener un lenguaje transparente, por guardar un estilo en el cual no halla falsas oscuridades, en el cual no haya una presentación en la que el lector crea que está frente a un texto que tiene muchas cosas más de lo que realmente está diciendo. Siempre hemos creído en la necesidad de un lenguaje que comunique sin crear dificultades arbitrarias y de una exposición que debe bastante a la tradición de calidad literaria que de alguna manera se espera que tenga el ensayo.

Por supuesto, en América Latina -como él lo plantea- hay bastantes paradojas en relación con este problema del ensayo. Algunos escritores han criticado la cultura latinoamericana por haber sido una cultura de ensayistas, una cultura en la cual no había el esfuerzo ni la continuidad y la disciplina para hacer una gran obra científica, disciplinada y ambiciosa. Allí todo parecía irse en pequeñas tareas y en fuegos artificiales más o menos pasajeros. Sin embargo, también sabemos muy bien que entre los

intelectuales latinoamericanos del siglo XIX y del XX, como lo señala Cataño, muchas veces quienes pretendieron hacer la gran obra, el gran trabajo, fueron menos creadores y menos productivos que, por lo menos, los mejores de los ensayistas; y esto porque el ensayo ha sido en América Latina una maldición pero también una ventaja. En el continente ha habido sin duda un ensayismo muy superficial, basado en la idea de que uno puede poner sobre el papel todo lo que pasa por la cabeza sin que esté atado a una exigencia seria y muy sugerente.

Algunas de las paradojas de este tema del ensayo aparecen en el mismo texto de Cataño. Después de mostrar los ataques que hizo Gino Germani al ensayismo latinoamericano, no sé si voluntaria o irónicamente, al hacer una especie de síntesis de la vida de Germani, dice: "autor de innumerables ensayos sobre la ciencia social". Sin duda, Germani fue también un importante ensayista, un miembro ilustre de la tradición que critica. Y creo que otra paradoja que uno puede evocar, y que no menciona Cataño, es la de que alguno de los ensayos más fuertes y vigorosos de la literatura colombiana y del análisis filosófico-literario nacional, son aquéllos en los que Rafael Gutiérrez Girardot muestra la debi-

lidad ensayística de Ortega y Gasset. Y el ensayo de Cataño sobre el ensayo, muestra muy bien cuáles son los elementos que hacen a este género particularmente atractivo y productivo, y cuáles son las exigencias que debe tener. Tiene que estar ligado a un esfuerzo de pensamiento; tiene que estar apoyado en un proceso de investigación paralelo o previo. Aunque no pueda ser la presentación de un trabajo completo de investigación o de conclusiones, no puede resultar serio si detrás de él no hay un esfuerzo de investigación. Aunque el ensayo apunta a nuevas hipótesis, abre nuevas perspectivas, sin la necesidad de exhibir todo el rigor de una demostración, no puede hacerse si el autor no tiene capacidad de verificar con rigor esa demostración cuando realmente se requiera.

Me parece, además, que la meditación de Cataño sobre el ensayo muestra muy bien algo que en este momento es de gran pertinencia. En los últimos años, con el despliegue del debate alrededor de la modernidad y de la posmodernidad, se ha presentado una visión quizá excesivamente sistemática y algo mecánica de la historia de la cultura y del pensamiento occidental, que como muestra lo anterior al posmodernismo, lo pre-modernista por decirlo así, como una expresión del dominio de los grandes sistemas. Pero ahora podemos ver con claridad, por el papel tan importante del ensayo en la historia de la literatura, de la sociología y de la política occi-

dental, que no todo estaba asociado a un espíritu de sistema. Y que precisamente dentro de la tradición cultural de la modernidad, estaba siempre presente, y muy íntimamente metido, el rechazo a lo sistemático, al saber dogmático, el espíritu antisistemático propio del ensayo.

El otro texto del libro de Cataño, del cual quiero hacer una pocas anotaciones, es el que alude a las formas de trabajo del profesor universitario. Me refiero a la actividad intelectual que lo conduce desde la preparación de la docencia -las lecturas, las notas y los apuntes que toma antes de su clase- hasta la exposición oral, copiada a veces por los estudiantes o distribuida en borrador bajo la forma de policopiado, para culminar finalmente en una forma de creación intelectual destinada a la imprenta. Lo que quiero señalar es que me parece muy oportuna la evocación de los elementos artesanales del profesor universitario que subsisten en el trabajo del científico social y del investigador en historia. Observo todavía con simpatía el tipo de universidad en el cual la formación de nuevos investigadores se hacía, en lejana herencia de las prácticas medievales, en forma artesanal: el estudiante que trabajaba al lado del maestro, que aprendía haciendo y viendo hacer, que realizaba actividades auxiliares, que sometía a discusión del profesor sus primeros trabajos con la esperanza de que pudieran ser publicados en alguna revista académica. Veo con desconfianza el esfuerzo a veces agobiador

por encontrar mecanismos para formar masivamente investigadores y producir de modo casi industrial el conocimiento científico. En las instituciones que apoyan financieramente la investigación científica, resultan escasos los proyectos que revelan la imaginación del científico social, la existencia de preguntas inteligentes, la muestra de que se ha pensado profundamente un problema, las ideas claras, el procedimiento ingenioso para verificar una hipótesis o una intuición, frente a aquellas empresas investigativas en las que parece interesar es el sofocante volumen de información que se recopila, usualmente con la ayuda de ejércitos de asistentes (muchas veces lectores extraviados de textos complejos cuya significación no les resulta transparente) y de computadores, necesarios para manipular una información que en el fondo no se sabe para qué sirve.

Es posible que esta evocación de una práctica intelectual con rasgos tan marcados de taller artesanal de la Edad Media suene inesperadamente conservadora. No era mi intención; solamente quería hacer notas al margen de este libro y recomendar su lectura. Como buen heredero de la tradición artesanal, está escrito con cuidado, y junto al rigor de la exposición, presenta la amable fluidez de los mejores ensayistas.

JORGE ORLANDO MELO, historiador,
director de la Biblioteca Luis-Ángel Arango.